

Luis Antonio de Villena (2024). *Miserable vejez*. Madrid: Visor, 2024, 66 págs.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](#). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](#).

DOI: <https://doi.org/10.24197/gycpv354>.

Decíamos en una reseña que salió publicada en esta misma revista, con motivo de la edición de su poesía completa y de la subsiguiente salida, en el mismo año 2022, de *Lujurias y apocalipsis*; decíamos que la singularidad de la poesía de Luis Antonio de Villena (crítica con el mundo mediocre, pero sin perder la fe en la vida) se encontraba en sus más altas cotas en ese último libro. Libro que, a mi parecer, se alzaba como una de las más altas cumbres de su poesía de madurez y venía a ser el colofón, aquel año, de la esplendorosa edición que le había hecho la editorial Milenio a *La Belleza impura*, su obra poética completa (que así se podía denominar hasta que meses después apareció editado este nuevo libro en la editorial Visor).

A principios de 2025, aparecía publicado el que en estos momentos es el último libro de poemas publicado por Luis Antonio de Villena. Se había acabado de imprimir precisamente el día 8 de enero de 2025, justamente 35 años después del fallecimiento de un buen amigo de Luis Antonio y uno de los poetas más considerados de la poesía española de la segunda mitad del siglo XX, Jaime Gil de Biedma. Dos versos suyos le sirven al libro de frontispicio: “Envejecer, morir, / es el único argumento de la obra.”

Venía este libro nuevo a sorprendernos una vez más. Es un libro, sin complacencias, sobre la vejez. En el postfacio deja claro el poeta que no le gusta la vejez: “La vejez es fea y aunque tenga sus brillos ocasionales, lo diario se colma más y más de restricciones” (pág. 60). El libro reflexiona, recuerda y sobre todo mira a la actual vejez. Desde muchos ángulos: culturales, vitales, cotidianos; pero mira mucho desde las calles, que el poeta frecuenta en paseos cotidianos por su barrio de Madrid, donde puede ver muchos viejos de paseo o tomándose algo en un bar. Ese Villena costumbrista lo reconocemos, porque ha hecho poesía, y poesía de reflexión, muchas veces antes, sobre marginados, que ahora son los viejos de estos poemas, en una sociedad que valora cada vez más la lozanía. Una lozanía que, precisamente en tanto belleza, ha sido eje central de su poetizar. “Sólo aferrado a la pasión, al arrecho y al entusiasmo de la juventud y con la juventud, logras que no se arrugue el alma” (págs. 61-62).

En el primer poema del libro, que se titula “Aquel mediodía en el río enorme”, nos encontramos con estos versos: “Le dije a mi amigo joven: sería bello vivir aquí. / Siempre. Lejos de todo. Desnudos. Fuera de este tiempo atroz.” (pág. 9). Aunque el paisaje sea sudamericano ahora, hace en realidad referencia a la Arcadia, la de tantos poetas clásicos, y en ella, instalada, la pasión por la belleza joven. El Villena que se quiere quedar en ese lugar apartado, con su amigo joven, es el que nos dice de sí mismo, ahora: “El cuerpo es torpe y sin gracia, pero el corazón que ama el exceso joven, sigue ardiendo en la vieja llama. El deseo como fármaco. Amo la juventud y detesto la vejez, ni bella, ni noble ni sagrada” (pág. 62).

Este es el Villena de siempre, antes en plenitud y ahora en la decadencia (sólo física). El Villena que se sostiene una vez más en la belleza joven, ahora para no caer en lo peor del tiempo viejo. Para resistirse al desaliño y descuido de la vejez, a su soledad. Para retardar en lo posible el acabar siendo como esa pareja de ancianos de más de noventa años, en los que ve cómo el tiempo, que no se los ha llevado aún, sin embargo “ha arramblado con lo demás” (pág. 13) que era su vida. Me estoy refiriendo al poema “Viejos (Pareja)”.

Este libro es un río de ejemplos, de ejemplos de vejez, porque el poeta nos pinta la suya junto a la de otros muchos personajes: unos son seres cotidianos (como la protagonista del poema “Mar sola”, pág. 11, o “La Rosalía”, pág. 34); otros son personajes de la cultura (Proust, Lezama, María Zambrano); algunos también, que fueron esplendorosos y que mantienen su clase, su sofisticación, su porte a pesar de la edad, como la marquesa del poema de título homónimo (pág. 20). Fantasmas queridos del pasado lo visitan de nuevo en estas páginas. Su madre, a la que le dice: “El tiempo amengua el daño, no tu memoria.”; y así lo confirma en “El tiempo también pacífica”, pág. 10, o en “Imagen de véspero”, pág. 25. Recuerda también a buenos amigos (de igual manera ya pasado), que se le aparecen en la semejanza de otros viejos que ve ahora, como en el caso de Julio Aumente: “veo a un hombre solo, pelo blanco, lento fumador, que se / parece a ti.” (“Fatigada espera”, pág. 32).

E inevitablemente, desperdigados también por el libro (¡la sal de la vejez!), poemas dedicados a jóvenes del recuerdo, que se perdieron en el tráfigo del vivir, muchachos del arroyo, muchachos desgastados, o que desdeñan la vida lujosa y cuyo deseo mayor es “cultivar su huerto.” (“Los senderos de Mérida”, pág. 21). Muchachos, en fin, de acompañamiento.

En este libro, como en los anteriores, el trato con lo joven es central; en él, más que nunca, como lenitivo de la madurez extrema. Ahora (y ya en los

últimos libros anteriores era así), muchas veces uniendo al paisaje urbano madrileño el más exótico americano. Estas vivencias americanas de los últimos tiempos, su pasión por Colombia especialmente, impregnan incluso el léxico poemático. El verso final de “Arte amatoria” (pág. 40) dice con rotundidad: “Fue así: joven enseña a viejo, arrecho, paz, ternura.” (“Arrecho” significa en colombiano excitación sexual).

El tema del amor por lo joven ha tenido excelsitudes y precipitaciones en la historia de la literatura. Existe la vieja tradición, de gran auge en los primeros siglos de la literatura castellana, que maltrata cualquier relación de jóvenes con viejos. Llegó hasta Cervantes con el entremés de *El viejo celoso* y la novela ejemplar *El celoso extremeño*. Naturalmente el clima es cristiano y heterosexual. Es una tradición que no tiene nada que ver con la que fundamenta este libro de poemas, que por el contrario es la clásica, en muchos momentos del libro.

No olvida Luis Antonio la latina, la de Cicerón y Séneca. Ambos están en eco en los versos del poema “Los senderos de Mérida”: “su deseo mayor era, en remoto lugar, cultivar su huerto.” (pág. 21). El muchacho venezolano que protagoniza este poema amaba la ecología, la contracultura, la marihuana y la soledad. Una refiguración moderna del retirado Cicerón, del amante de la horticultura, de la lectura en soledad. ¡No conocemos al Cicerón lisérgico, o quizás nos escatimó el decirlo!

También añora Villena la latinidad tardía, como cuando nos dice en “Leonor en Frías”: “Entro en Silos y miro las monacales estrellas / y digo vestir el hábito de San Benito para / esconder libros prohibidos y las ternuras / que acogen pudores sacros y bellos cenobitas. / Soy solo un latino fantasma por la alta Castilla.” (págs. 37-38). Quizás el fragmento más confesional de todo el libro.

Pero, aunque Luis Antonio no olvide en este libro este ángulo cultural latino, debemos retrotraernos a los griegos para entender de dónde procede el más importante apoyo al que se recurre en él. A pesar de la aparición de tantos personajes marginados por su vejez, por su decadencia, que el poeta observa, que lo rodean; él se apuntala en su pasión joven (como también algunos de los viejos referidos, de los recordados). Se nos muestra un Villena que quiere alzarse de ese ser decaído en el que se ha convertido, por el cuerpo (“Odio el tiempo del final de mi vida, que la vejez / impía achica y merma y cercena y pudre.”, pág. 37); y así su corazón se aferra a la pasión, al entusiasmo de la juventud, para que no se arrugue el alma como se ha arrugado ese cuerpo.

Estamos ante el gran tema de la cultura griega, que encontramos en los filósofos, como Platón, y en los poetas, como los de la Antología Palatina. Me

refiero a cómo la belleza de los jóvenes, “el amigo joven”, puede servir de lenitivo de la inevitable decadencia. Una decadencia que, en esta poesía de Villena, va más allá: “todo se derrumba, todos mienten. Escupen y ensucian todos. Nada queda de nada.” (pág. 9).

La base de la *paideía* griega, la educación, fue el afecto espiritual y sensual por un muchacho. Tanto es así que, si el muchacho se convertía en amigo de un gran personaje, se le llamaba el *famoso* o el *célebre*. Ese muchacho era el que escuchaba, el intelectualmente receptivo. No un niño, sino un mancebo sexualmente maduro, es decir, llegado a la pubertad. Dado que este planteamiento es totalmente imposible (e incluso penalizado, y cada vez más) en nuestras pacatas sociedades, aunque acepten el matrimonio gay; ese tipo de relación, del hombre mayor que es amante de la juventud (con una pasión que es un fármaco en su vejez, para sus inevitables miserias), ha desencadenado una modalidad que podemos poner bajo la advocación de Afrodita mercenaria. Podemos ver en estos versos a un Luis Antonio gustoso de acompañarse de jóvenes de ese jaez. No olvidemos que a él debemos la primera amplia traducción de los versos de Estratón de Sardes, donde asistimos a quejas de enamorados del tipo “piensas sólo en la ganancia.”

Siempre se ha alimentado la poesía de Luis Antonio de Villena de estas fuentes clásicas, y en su vida las ha puesto por norma. Ni siquiera en este libro, en esta pintura de la vejez, ni siquiera ahora renuncia al apoyo de lo joven. A la enseñanza de lo joven: “¿Cómo agradecer que aún me descubrieras, pleno de gozo, / algo para mí nuevo, dormir la noche entera pringosos y / abrazados?” (“Arte amatoria”, pág. 40).

Jóvenes que son, jóvenes que fueron, jóvenes que se perdieron por cualquier extraño precipicio del vivir. Son los jóvenes bellos que ahora lo siguen acompañando en la vejez, en su mente, en sus ojos, en las postales y en los cuadros, en sus habituales viajes a Colombia, en alguna de sus aburridas tardes madrileñas. Siempre en su imaginario de la belleza impura. Posiblemente podamos decir que este libro sea necesariamente la cruz de la moneda de otro que mostró el deseo en plenitud, uno de sus más grandes libros de su primera madurez poética, *Hymnica*.

DAVID PUJANTE

<https://orcid.org/0000-0002-1837-3505>

Universidad de Valladolid (España)

josedavid.pujante@uva.es